

LECCIÓN 4. EL PROBLEMA ANTROPOLÓGICO (I)

Es forzoso que nos planteemos el problema antropológico, pues si no lo entendemos bíblicamente, tampoco podremos entender la respuesta que la Revelación da al problema necrológico.

1. Definición del problema

La definición y explicación del problema antropológico, que para todo ser humano tiene especial relevancia, reviste en España carácter de urgencia. Veamos lo que sobre este punto dice José Jiménez Lozano, uno de los muy pocos que respecto a esta materia ha sabido moverse dentro de categorías bíblicas, al responder a la famosa encuesta de Gironella:

«Creo —dice— que está muy clara la total irrelevancia que tienen, en el talante católico hispánico, tanto el dogma de la resurrección de Cristo como el de la resurrección de nuestra carne... De ahí esas tremendas inscripciones desgarradoras en los cementerios. que recuerdan las de los viejos paganos que no tenían esperanza; de ahí el tanto insistir en el polvo y en la nada, y de ahí, en fin, el tremendo fatalismo de nuestro pueblo, que no cree en la historia...: gentes que se dicen creyentes, que se someten a las prácticas religiosas, confiesan luego no creer en la resurrección de la carne, aunque crean en el cielo o en el infierno, en el mejor de los casos.»¹³

Tragedia doble la de estas gentes, porque no sólo se enfrentan con la muerte, sino que lo hacen armados de conceptos platónicos y no cristianos, por más que a tales conceptos platónicos se les quiera bautizar y darles pasaporte cristiano.

«... la teología y la piedad cristianas —sigue diciendo Jiménez Lozano— han quedado desde siglos imbuidas de platonismo —dicotomía absoluta: alma -cuerpo— y descuidado el sentimiento ese ri turístico del hombre. "Te he amado demasiado —escribe Arme Phippe, la viuda de Gérard Philippe— para aceptar que tu cuerpo desaparezca y proclamar que tu alma es suficiente y que vive. Y luego, ¿cómo hacer para separarlos y decir: ésta es su alma y éste es su cuerpo? Tu sonrisa y tu mirada, tu andar y tu voz, ¿eran materia o espíritu? Una y otra cosa, pero inseparables." Y esa separación es un escándalo, la muerte es un escándalo ciertamente.»¹⁴

«¿Eran materia o espíritu? Una y otra cosa, pero inseparables.» La viuda de Gérard Philippe, acaso sin saberlo, ha hecho una de las mejores definiciones bíblicas de lo que es el hombre. Y Jiménez Lozano, al «escandalizarse», le ha ayudado en esa definición y ha roto el falso conformismo platónico —heleno, que no hebreo—, que acalló durante muchos siglos este escándalo entre nosotros; con las excepciones de un Unamuno, y también de un Juan Maragall, cuyo Cántico espiritual fue, paradójicamente, tenido por pagano en aquello que es más cristiano. Pero así ha ido el cristianismo en nuestros lares, confundiendo el platonismo —la inmortalidad del alma per se— con la auténtica y definitiva esperanza cristiana: la resurrección de los muertos.

2. Las consecuencias del platonismo

Con el platonismo entraron en la Cristiandad los conceptos gnósticos más o menos camuflados: el odio a la materia, el desprecio del cuerpo, el solo énfasis en los pecados de la carne; en suma, el miedo a la muerte («de ahí esa complicidad eros - thánatos, en los toros o en los sentimientos amorosos», como observa el citado Jiménez Lozano). De ahí también, como señala el Dr. Enrique Salgado, que la religiosidad española «ha girado demasiado en torno a un solo mandamiento de la Ley de Dios. Ya sabe usted en torno a cuál. ¿Y el no robar y el no mentir?»¹⁵

El platonismo nos ha impedido «observar que el Nuevo Testamento (y el Antiguo) entiende el estado final del creyente en términos de la resurrección de los muertos...; hay muchos pasajes que expresan el gozo del pensamiento de que aun la muerte física será vencida. Al formar parte integral del pensamiento cristiano, la victoria sobre la muerte física constituye uno de los frutos de la actividad redentora de Cristo y, por lo tanto, será lógico considerar la muerte física como una de las consecuencias del pecado».¹⁶

La antropología platónica, con su dicotomía absoluta, dualista, cuerpo - alma, ha impedido valorar el cuerpo y la Creación en su justo valor, es decir, con la valoración que Dios mismo, en su Palabra, les otorga (Gen. 1:27-31, donde leemos que, luego de haber sido hecha la Creación y el hombre, Dios mismo consideró «bueno en gran manera» cuanto había sido realizado).

3. La dignidad del cuerpo humano

Al no saber apreciar la dignidad del cuerpo humano y de la materia, se ha privado así —bajo los auspicios del platonismo (y aun del aristotelismo-tomismo)— el hombre hispánico de la más grande esperanza cristiana, según la concibe la Biblia.

¿Qué es el cuerpo en la antropología bíblica? Un obsequio de Dios, no sólo dado, sino también amado, por el Creador, con la intención de que sirva como instrumento de glorificación y expresión plástica, notoria, de nuestra consagración al Señor en «sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (es decir, «auténtico». como traduce la Nueva Biblia Española, con resonancias de Juan 4:24). Por eso dice Pablo en otros lugares (1.ª Cor. 3:16; 6:19) que somos, incluido nuestro cuerpo, «templo del Espíritu Santo», es decir, casa viva del Dios vivo (cf. 1.ª Ped. 2:5). Asimismo, nuestros miembros carnales son miembros del Cuerpo de Cristo, dada la unión de todos los creyentes en Cristo y entre ellos, lo cual produce el llamado «Cuerpo de Cristo». «Nadie aborreció jamás a su propia carne —escribió S. Pablo—, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos» (Ef. 5:30. Cf. 1.ª Cor. 6:15). Pablo podía decir que «nadie aborreció jamás a su propia carne», antes de que fuera inaugurada la tradición ascético-platónica en la Cristiandad.

Más aún, el cuerpo es propiedad del Señor. Dice S. Pablo: «Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo» (1.ª Cor. 6:13), lo cual establece la totalidad del vínculo que une al cristiano con su Salvador: no una simple comunión de alma, sino una comunión de la persona total, cuerpo y alma, con su Dueño y Señor. Esto desmiente lo que piensan muchos españoles, como el torero entrevistado por Gironella, que asegura; «Si el alma no fuese inmortal, no se explicaría que Cristo se hubiese hecho hombre y hubiera muerto en la cruz.»¹⁷ Dicho en otras palabras: el cuerpo no es digno de redención, sólo el alma. Sin embargo, Cristo vino a salvar ambas partes de nuestra personalidad, por la sencilla razón de que no vino a salvar «algo» de nosotros, sino que nos vino a salvar total e integralmente. Conviene añadir que los superficiales conocedores del Nuevo Testamento suelen confundir el concepto paulino de «carne» con el de «cuerpo», lo

cual es una grave equivocación, como veremos en la lección siguiente.¹⁸

Notas:

13. Véase J. M. Gironella. 100 españoles y Dios, p. 288.

14. Del mismo autor y en la misma página.

15. 15. Véase J. M. Gironella, o. c., p. 582.

16. L. Morris. o. c., p. 24. Cf. O. Cullmann, *Immortalité de l'ame ou résurrection des morts?* (Paris-Neuchatel, Delachaux et Niestlé, 1969).

17. 17. O. c., p. 84.

18. 18. Véase F. Lacueva, *El hombre: Su grandeza y su miseria*, lecc. 5ª